

↓

SUCESO DE LA INVASION Y TOMA DEL PUERTO REAL  
DE LA VELA DE CORO Y CIUDAD DE CORO. AÑO DE 1806

(DIARIO DE UN OFICIAL REALISTA)

*El documento que va de seguida, es el diario que llevó el jefe realista don Juan Manuel de Salas, durante la invasión que por Coro realizó Miranda en agosto de 1806.*

*Salas era el más importante de los jefes realistas que estaban en aquella tierra para el momento de la expedición mirandina.*

*A través del texto de esta memoria se ve a las claras que al jefe patriota se le opuso resistencia en Coro y se le combatió duramente. Los historiadores que se han ocupado del tema se contraen a un sólo encuentro, el de La Vela, y que después de esto la gente y las tropas se esconden en las montañas vecinas, y muchos se hacen eco de una expresión atribuida al Precursor en Coro: No he hallado amigos con quienes conversar, ni enemigos contra los cuales pelear. Está bien lo primero, mas no lo segundo, como se ve del relato de Salas*

*La presencia de Miranda en Coro movilizó a todos los realistas. Salas, reunió un buen número de tropas: españoles, indios y negros, pidió ayuda a Maracaibo, de donde destacaron a Ramón Correa y Guevara con 200 hombres y 8.000 cartuchos de fusil.*

*En los encuentros con Miranda obraron la artillería y la caballería realistas. Y además del combate de La Vela, el 3 de agosto de 1806, hubo los de El Barrial, el 7 y Boca del río, el 11.*

*Es interesante observar que entre las preocupaciones de Salas estaba la de la reacción que pudieran tener los negros de la sierra, cuyos padres, hermanos, parientes y amigos murieron a manos de los españoles en represalia por la sublevación del 10 de mayo de 1795. Era lógico suponer que los negros simpatizaban con Miranda.*

*Salas pidió ayuda también a Barquisimeto, Carora y El Tocuyo.*

*Seguro, pues, que la invasión de Miranda, por Coro, en 1806, fue de una proporción mayor de la que se le ha asignado hasta el presente.*

Diario puntual y exacto de la invasión del Puerto Real de la Vela de Coro, y ciudad de Coro, hecha por el infame, pérfido, traidor Francisco Miranda, desde el 1º de agosto de 1806, hasta el 13 del mismo mes y año, que precipitada y vergonzosamente, se le hizo poner en fuga, por las victoriosas armas del rey de España

y sus leales corianos, mandadas por el Capitán de Ejército Comandante de ellas en esta jurisdicción don Juan Manuel de Salas a saber:

*Día 1º*.—A las once y tres cuartos de esta noche me dio parte el comandante de la Vela don José Vega, capitán de Milicias graduados de infantería que las vigías de Barlovento habían observado que ocho buques grandes, muchos de ellos, se dirigían al puerto. Inmediatamente despaché extraordinarios a los comandantes de Paraguaná y Casicure, teniente de San Luis y comisionado para que aprontasen su fuerza armada. La guarnición de esta ciudad tomó las armas, se dispuso la artillería y reofrcé la Vela con 20 fusileros y 100 lanceros.

*Día 2.*—Al amanecer, el vigía de la Retama observó que la escuadrilla enemiga se componía de un navío, dos fragatas, tres bergantines y tres goletas ancladas a sotavento del puerto, los dos bergantines se habían hecho a la vela con dirección al fondeadero, como también que los primeros indicaban desembarcar gente en la costa del Istmo; reiteré mis órdenes a los dichos comandantes y demás para que se pusiesen en marcha con sus fuerzas y yo con las mías de 80 fusileros y 234 lanceros me situé en el paso del río, punto medio entre la ciudad y la Vela con el objeto de cubrir la ciudad y ocupar los médanos si los enemigos desembarcaban en la costa donde comienza el Istmo, pero en la marcha otro parte de Vega confirmó el anterior con la diferencia de no expresar el desembarco que salió falso. Esta tarde observé con don Ignacio Emazabel desde la vigia de la Retama y me aseguré que a sotavento había dos fragatas y un bergantín anclados, otra fragata grande, dos goletas de gabias y tres pequeñas voltegeando con dirección al fuerte de San Pedro, dos bergantines de mucho porte anclados delante de él que, en la boca del río había un lanchón lleno de gente y ultimamente que la disposición de los buques indicaba dos o tres desembarcos, ya fuese para distraer mis fuerzas a llamarlos al falso, mientras realizaban el cierto. Como estaba advertido que los enemigos podían reunir en la Isla de la Trinidad 3.000 hombres y los buques a la vista podían contener a lo menos 2.000, creí también que intentasen dirigir parte de sus fuerzas a la Boca del río y Paguarita, lo primero para cortar la retirada de la guarnición de la Vela, tomándola por su espalda y lo segundo para situarse en lo mas estrecho del Istmo de la península quitándome el auxilio de esta fuerza numerosa resolví replegarme a un punto que cubriese todas las avenidas desde la costa a la ciudad, no distante de los parajes que la vigía señalase al pueblo de Cumarebo, socorriese la Vela y me manifestase con fogatas, hachas y cohetes lo que observase por la noche, en ella tiraron los enemigos varios cañonazos sobre el fuerte de San Pedro, de hora en hora, correspondiéndoseles de nuestra parte con menos intermisión. Se me unieron 10 hombres que armé con lanzas.

*Día 3.*—En esta madrugada se me agregó una compañía de indios de Mitare con 80 hombres y a las cinco y media avisó Vega de subsistir los enemigos en la misma disposición que en la tarde anterior. A poco rato se oyó un fuego vivo que me hizo poner en movimiento, pero cesó tan pronto que luego empezaron a llegar algunos soldados dispersos de la guarnición de la Vela y me manifestaron que los enemigos habían desembarcado en número de 500 hombres, por el punto de Barlovento que llaman de Santiaguillo, protegidos de los fuegos de sus buques y

lanchas armadas, no obstante seguí mi marcha a donde el camino se estrecha más para cubrir mucho mejor la ciudad.

Supé también que la guarnición de la Vela se retiraba dispersa por los cardonales y paso de las Calderas, buscando el asilo de las alturas. Combinando la pérdida de este punto con mis fuerzas conocí que con 80 fusileros únicos no podía determinarme a ninguna acción que los demás lancheros y flecheros son inútiles por la calidad de sus armas que si atacaba o esperaba el ataque de los enemigos debía ser precisamente envuelto o arroyado y en este caso la dispersión de los paisanos era consiguiente, dejando la ciudad expuesta a ser cogida con su vecindario que a la sombra de mi resistencia hubiera subsistido en sus hogares, que aunque no me atacasen los enemigos podían encerrarme en la ciudad, apoderarse por el paso de los Calderas de los desfiladeros de Caujarao, cortarme aquella retirada la comunicación con Paraguaná y Casicure, quitarme los víveres, impedir la reunión de los socorros de Barquisimeto, Carora y el Tocuyo, y lo que hubiera sido mas funesto, abrirse una entrada al centro de la sierra donde están las esclavitudes de todas las haciendas de esta jurisdicción que, es regular se acuerden todavía de sus padres, hermanos, amigos y parientes que murieron a resultas de la sublevación de 1795 y ultimamente que, las primeras ventajas, si las hubiera logrado el traidor dispensador, mis fuerzas hubieran hecho una sensación extraordinaria en los espíritus débiles y menos cautos que habrían exaltado las fuerzas y talentos del vencedor y en seguida le hubiera sido más fácil a éste propagar e impresionar sus perversas ideas. Determiné retirarme al sitio elevado de Buena Vista que cubre la entrada a la serranía. Mandé al teniente de paisanos don Francisco de Manzano con don José de Tellería que se emboscasen con algunas compañías de indios en los cardonales que orillean el camino real de la Vela y me diese parte de las ocurrencias. A las seis de la mañana despaché postas a los tenientes de Barquisimeto, Carora y Tocuyo para que me auxiliasen con sus fuerzas. A las doce de la misma se agregó Vega con parte de su tropa, pasé a reconocer el sitio de Caujarao que me aseguraba cubrir a un mismo tiempo la avenida de la Vela que se une con el camino de la serranía, el descanso de mi tropa y del riesgo de una sorpresa. A las siete de esta tarde un vecino de la Vela me dijo a la voz que los enemigos habían desembarcado la artillería y disponían las cureñas de algunas piezas de la Vela con el objeto de aprestarse para atacar la ciudad; me informó también que había mucha gente en tierra y que le quedaba mucha más en los buques, pero no satisfecho con su noticia, le volví a despachar para que adquiriese más pormenor, y en efecto a las nueve de la noche volvió y dijo que, las tropas que estaban en tierra serían como 500 hombres que a bordo quedaba el mayor número según oyó que le parecían disciplinados de todas naciones y blancos que, la artillería desembarcada eran seis cañones de campaña y que habían mandado habilitar los de a 4 de la Vela para conducirlos también. Que pensaban marchar para la ciudad al día siguiente y que los buques fondeados quedaban acordonados en el puerto.

Aunque de ningún modo me era posible hacer frente a los enemigos, ni en toda la llanura que media entre la Vela y la ciudad, hay una posición ventajosa que pudiera suplir con su defensa muy pocos fusileros a los muchos de los enemigos, pensé no obstante incomodarlos en el camino desde los cardonales aunque

muy claros no dejan de proporcionar, bien que con dificultad, este género de guerrillas, para lo cual destiné al subteniente don Francisco Carabaño que marchase y le previne procediese de acuerdo con Manzano que ya tenía 270 indios que se esforzasen a verificar la empresa con la mayor bizarría.

En este día se me unieron 102 hombres, pocos de ellos armados con lanzas y escopetas; 47 negros para el transporte de la artillería, municiones; 19 hombres montados, unos con espadas, otros con pistolas y otros desarmados y 209 flecheros cuya mayor parte estaba en el llano con Manzano.

*Día 4.*—A las tres y media de esta mañana marchó Carabaño con 80 fusileros 3 compañías de lanceros y 12 montados dirigiendo la columna de 300 hombres al camino real de la Vela por el que llaman de las Huertas, y yo me quedé con otros 200, entre fusileros, lanceros e indios flecheros para seguir a Carabaño, sostenerlo en caso de que se viese empeñado, o de proteger su retirada si se veía arrollado de los enemigos; pero acabando de arreglar mi columna para marchar, llegó un hombre montado corriendo a rienda suelta con la noticia de que los enemigos habían entrado a la ciudad y se había oído una descarga de fusilería en ella confirmándola el parte de Manzano que recibí al mismo tiempo y algunos vecinos que fueron llegando expresaron que la entrada la verificaron antes del amanecer como que el tiroteo oído fue un saludo cuando llegaron a ocupar la plaza principal. Al instante mandé a Carabaño se me reuniese lo que verificado pasó a ocupar la posición de Rio Seco, que me asegura de toda sorpresa y aún de ser atacado por fuerzas muy superiores respecto de los desfiladeros, pasos del rio y dominaciones ventajosas que cubren todo lo largo del camino. Mientras me reuní con las fuerzas de Paraguaná y Casicure y entre tanto procuré alentar la gente que estaba algo abatida, los unos con la derrota que sufrieron en la Vela y los otros con lo que aquellos les contaban haciéndoles al mismo tiempo conocer y despreciar al enemigo por medio de las guerrillas.

Conociendo también que el agua estaba escasa y larga la del rio, que, los víveres y forrajes lo estaban tambien, celebré una junta para ocurrir al remedio y aunque por el momento opinaban todos que se trasladase el campo al interior de la sierra, conocí en seguida otros perjuicios más graves, como eran la dificultad de reunir las fuerzas de Paraguaná y Casicure, dejar al enemigo más libertad para sus operaciones y subsistencia, esparcir con más frecuencia sus máximas y ultimamente el que llegase a creer que nuestra enorme distancia era un signo no tanto de conveniencia como de una vergonzosa fuga, por cuyas razones subsistió siempre el campo en Rio Seco.

Despaché órdenes al Teniente de San Luis, Comisionados y Alcaldes de indios, avisé al Ministro de Real Hacienda don Juan Manuel de Iturbe que se hallaba con las Reales Cajas en la Serranía de Quiragua para que remitiera cuantas provisiones hubiesen al campamento donde se pagarían de contado. Estas providencias fueron suficientes para que desde aquel entonces no faltase al campo su subsistencia y socorro en dinero.

En este las avanzadas de Buena Vista y Caujarao remitían algunos vecinos dispersos y bajaron otros de San Luis cuya mayor parte se despidió por no tener ar-

mas, siendo el total de los reunidos 63, pocos de ellos con algunas escopetas y algunos sables, 47 montados con espadas y pistolas y 88 flecheros. Llegó también el resto de la compañía de la Vela menos once hombres que estaban destacados en Cumarebo, que se despidieron mucha parte de ellos por no tener armas. A las diez de la noche despaché al Teniente de paisanos don Manuel de la Carrera y Colina, bien instruido de mi situación, fuerzas y las de mis enemigos, según las noticias hasta entonces recibidas para que las comunicare de paso al Comandante de Casicure y se dirigiese sin detención a Maracaibo en solicitud de auxilios, la eficacia y actividad de Carrera proporcionó un socorro de aquel señor Gobernador de 200 hombres al mando del Teniente Coronel don Ramón Correa y Guevara, y 8.000 cartuchos de fusil.

*Día 5.*—Se nombraron dos partidas de guerrilla de a 25 hombres cada una a las órdenes de los subtenientes de paisanos don José Marín Medina y don Casimiro García. Despaché un espía a la Vela que volvió al anochecer, con la noticia que los enemigos guarnecían aquel puerto con más marinería que tropa y que trabajaban una cortadura donde llaman la Salina.

Las partidas de guerrillas se adelantaron hasta el campo inmediato de la ciudad y no encontrando avanzadas algunas de los enemigos, que las tenían reducidas a la orilla exterior de la población. La avenida de Buena Vista remitió tres indios nuestros que dijeron venían a presentarse y traían puestas unas chaquetas azules con vueltas amarillas.

En este día se me reunieron 32 hombres desarmados que admití como los demás que sucesivamente venían sin ellas para quitarles todo pretexto de ausentarse. También llegaron 88 montados, de San Luis y Pedregal, armados unos con pistolas, otros con espadas y muchos sin arma alguna y 235 flecheros.

*Día 6.*—La guerrilla de García remitió tres prisioneros de los enemigos que encontró sin armas, se les recibió su declaración y remitieron con el expediente a Puerto Cabello. Se agregaron este día al campo 108 hombres desarmados.

*Día 7.*—Los sargentos montados Diego Zabala y Vicente Morillo pidieron voluntariamente salir de guerrilla con seis soldados de su cuerpo y volvieron al mediodía después de haber tenido en el sitio del Barrial un encuentro con los enemigos que perdieron un oficial, muerto por el Morillo. Se reunieron 15 hombres desarmados y los fusileros de la Vela que estaban destacados en Cumarebo.

*Día 8.*—A las ocho de la mañana recibí avisos del cura don Pedro Pérez y del Administrador de Correos don Nicolás Yanes y de don Miguel Alvarez, de que los enemigos habían abandonado la ciudad la noche anterior como a las diez de ella, dejando muchas casas abiertas. Inmediatamente destiné a Vega con 100 hombres y 30 montados, de guarnición, y que procurase evitar el robo de las casas. Don Juan Meogui condujo un indio y las guerrillas remitieron un sueco y un americano, este y el indio con chaqueta encarnada. Dijeron que se quedaron dormidos en Coro cuando lo abandonaron los enemigos y fueron aprehendidos en el camino de la Vela. Se agregaron en este día 10 hombres desarmados.

*Día 9.*—A las seis de esta tarde se me presentó el Comandante de Casicure don José García Miralles a quien instruí de todo, y conviniendo sus reflexiones con las mías, determiné no diferir un momento situarnos al frente del enemigo en posiciones ventajosas para detallar después las operaciones que debían seguirse a su destrucción, reduciéndolos a los estrechos límites de la población que ocupaba, incomodarlo en ella de día y noche, atacarlo en el momento que una mar de leva le impidiese conservar sus flancos y espalda por los buques menores, lanchas y botes armados que tenía con este objeto acordonados en el puerto.

Vega me dió parte de haber entrado en la ciudad la primera división de Casicure de cinco compañías con 370 hombres al mando del capitán don Manuel Ustua, y 30 caballos, y en seguida entró la segunda del mismo partido, de cuatro compañías con 270 hombres al mando del capitán don Javier Morles. Di las providencias correspondientes para mover el campo al salir la luna. A las 7 de la noche condujo don Santos Aristizabal un prisionero húsar desmontado de nación piamontés, armado de sable y fusil. En este día se me reunieron trece hombres desarmados.

*Día 10.*—A las tres de la mañana marchó el campo a Buena Vista, como también la artillería y víveres, municiones y pertrechos en hombros de morenos y desde este punto siguióse después la marcha al campo de San Gabriel, desde el cual, después que comió la tropa, se dividió en 3 columnas, la de la izquierda se dió el mando a Vega, compuesta de 64 fusileros y hasta 500 hombres lanceros y flecheros los más, para que se dirigiese a ocupar los médanos de la Boca del Río. La columna de la derecha, compuesta del mismo número de fusileros, lanceros y flecheros, se destinó a las órdenes de don Basilio López para que ocupase el Hatillo del Botado, situado al sur de la Vela en una elevación ventajosa, previniéndole al mismo tiempo extendiese sus líneas a cortar las comunicaciones de Guaibacoa y costa arriba y yo con Miralles y Carabaño, marché con la columna del centro compuesta del mismo número de fusileros, y 100 hombres montados con el tren de artillería al paso del río, dejando en la ciudad al capitán de paisanos don Martín Echave con la segunda división de Casicure, 17 fusileros y dos compañías de indios, cuyo cuerpo y reserva aseguraba a un mismo tiempo las propiedades de las casas abandonadas por sus dueños. Luego que llegué mandé situar las avanzadas de la otra parte del río y una gran guardia de caballería de 20 hombres. La artillería la dejé a mi espalda porque no siendo más que de dos cañones de a 4 y 3 pedreros, y que desde la cresta de la caja del río, no enfilaba bien la avenida enemiga, podía ser arrollado, si ellos me cargaban con todas sus fuerzas, respecto que las mías no podían sostenerse con 64 fusiles y algunas escopetas, al paso que si llegaba este lance, los enemigos en mi retirada entrarían en un espacioso llano en donde la artillería desde una ceja del monte que la orillaba, emplearía sus fuegos sobre ellos, que, poniéndolos en desorden la caballería los acabaría de destruir del todo. Mi posición se comunicaba perfectamente con mis alas y aunque la derecha me distaba algún tanto más, la llanura que mediaba entre ambas me facilitaba que la caballería dificultase la interrupción; la izquierda se apoyaba sobre la mar, y aunque muy próxima a los enemigos tenía el río por delante que era muy difícil de vadear.

*Día 11.*—Como a las tres de la madrugada, teniendo Miralles las tropas sobre las armas, mientras se hacían las descubiertas por las guerrillas pasado un buen rato se oyó un tiroteo en la izquierda que se fue aumentando a medida que amanecía y siguió protegido del cañón de los buques fondeados y de una lancha cañonera que se aproximaba a la Boca del Río, de lo cual dió parte Vega, como de que varios botes y canoas, sin distinguir su número, se hallaban en la Boca; que estaba empeñado en la acción con dichos botes que se defendían con obstinación y solicitaba se le reforzase con mas fusilería, pero que Miralles le contestó se defendiese con la que tenía. Amanecido ya volvió Vega a reiterar su parte de que el enemigo dirigía una columna por la playa y nuestras avanzadas, que otra por dentro de los médanos con un cañón, sin duda con el objeto de proteger la acción que aún duraba en la boca. Miralles contestó a Vega no tuviese cuidado de aquellos enemigos que se le dirigían por su frente, pues se le hacía retroceder muy aprisa. Así fué porque Miralles remitió inmediatamente al teniente de pardos urbanos Antonio de Moros, con el resto de su compañía y algunos escopeteros de Casicure para reforzar al subteniente de paisanos Garcia y al sargento primero de los mismos urbanos blancos José Manuel Colina, ordenándoles que flanqueasen a los enemigos por su costado izquierdo. Envio también a Echauspe con 80 caballos para que si descendían al llano desde los médanos que ocupaban pudiesen atacarlos en su retirada, cortándoles esta, luego que los enemigos, muy distantes aún de la boca, se vieron con fuegos que los flanqueaban y la caballería casi a su espalda, comenzaron a retroceder que no bastaba la presencia y amenazas de sus oficiales que a caballo con los sables procuraban contenerlos, para que a lo menos no abandonasen el cañón, pero viendo frustradas sus esperanzas desistieron de su empeño y se retiraron disparando sobre la caballería algunos cañonazos.

Echauspe, comandante de ella, prolongó el frente de su caballería poniéndola en ala, pero no a su gente, con el ánimo de atacarlo en su retirada, pero no sacó más fruto que el de once voluntarios que salieron al frente, con cuyo corto número no pudo ejecutar su bizarría. La acción duró tres horas. Vega se portó con el mayor valor y constancia, como sus subalternos, y tropa con bizarría. Perdió el enemigo 20 muertos, 5 prisioneros, tres canoas y un bote lleno de barrilería y pipas. Se escaparon dos botes muy aprisa a los que se dirigían algunos a nado, que se ahogarían, respecto a que después han parecido 8 o 9 cadáveres en la costa de Paraguaná. En las columnas auxiliares de la Vela tuvieron tambien pérdida de hombres porque en aquel sitio había una fetidez intolerable de muertos enterrados por los mismos enemigos y que los contrarios habían embarcado muchos heridos a bordo de sus buques, entre ellos tres oficiales. Si la columna de la derecha no hubiera tenido la desgracia de equivocar su camino la noche del diez, hubiera tomado un cañón y treinta hombres que se retiraron a la Vela y estuvieron perdidos en el monte, además de que nos faltó por aquella parte la fuerza que hubiera contribuido mucho a costernar más a los enemigos en su ataque y aún quizá a cortarle su retirada. Después de la acción entró la segunda división de Casicure y ocupando la ciudad la tercera y cuarta, compuestas de ocho compañías en número de 600 hombres.

*Día 12.*—Ordené a los oficiales de guerrillas que hiciesen las descubiertas bien largas, hasta encontrar las de los enemigos y habiéndose retirado muy tarde

dieron parte de que sólo tenían sus centinelas en la punta del médano que corre sobre la misma Vela y que habían observado tenían muchos botes fondeados en la playa y otros en continuo movimiento desde ella a los buques, que, estos se habían aproximado, los de menor porte al castillo de San Pedro, guardando una especie de línea o cordón y dando los costados de estribor a la avenida de nuestro campo a la Vela. A las tres de esa tarde hubo un fuerte aguacero, y concibiendo yo que el silencio de los enemigos podía ser causa de intentar con refuerzo de las tripulaciones algún ataque contra algunos de mis puntos, y más cuando no ignoraría que nuestra tropa estaba a la inclemencia bien mojada, pensé a un mismo tiempo observarlos y darles a conocer que estábamos muy sobre nosotros mismos. A este fin mandé a Echauspe con la caballería al istmo más inmediato a la Vela, lo cual ejecutado les tiró varios pistoletazos para provocarlos, los insultó a boleo y aún con los sombreros, pero nada bastó a moverlos y se regresó el cuerpo montado dándome parte de lo ocurrido, como de las muchas lanchas y botes que había en la playa. Con estos anteriores creí desde luego que el enemigo pensaba reembarcarse lo cual me era tan sensible cuanto me había propuesto exterminarlo de una vez y formé la idea, que supuesto que el terreno me facilitaba adelantar mis líneas ejecutándolo me pondría en disposición de incomodarlo de día y de noche con el cañón y atacarlo en su puesto en el mismo momento que tuviese el menor descuido con sus lanchas de fuerza u otro motivo me lo indicase.

Determiné nombrar a Vega para que con su columna de la izquierda pasase al pueblo de Carrizal a ocupar la derecha. Nombré a Carabaño para que pasase a tomar el mando del centro y marchar yo a ocupar la izquierda sobre la Boquita, apoyando mi ala en la punta de los médanos, de suerte que los enemigos, no podían hacer el menor movimiento que no fuese visto y observado.

Hoy entró la 3ª división de Casicure en el campo.

*Día 13.*—Reencargué a las guerrillas hiciesen las descubiertas hasta encontrarse con los enemigos; pero no encontrando ninguno se retiraron y sólo observaban algunos pocos botes en la playa. Cuando trataba yo de mover mi campo, llegó una espía amiga como a las ocho de la mañana, diciendo que los enemigos se habían reembarcado, y que sólo había algunos botes en la Vela cargando algunos efectos. Inmediatamente comuniqué las noticias a los jefes de los puestos y que se pusieran sobre las armas y destiné a Miralles con la primera división de su partido de 400 hombres, 50 fusileros y 80 caballos para que marchase a la Vela; y a López previne que su derecha destacase una pequeña columna de observación al llano. Marchó Miralles con toda la precaución que exigía una noticia no muy comprobada, haciendo las descubiertas y avanzando poco a poco mientras aquellas se manifestaban sin novedad, y en esta disposición llegó a la Vela cuando ya se hallaban en ella García y Colina con sus respectivas guerrillas.

Los enemigos se hicieron a la vela gobernando al norte, cuarta al noroeste. Miralles lleno de gozo hizo hacer tres descargas precediendo tres vivas al rey. Este fuego me hizo creer por el pronto alguna novedad. Marché prontamente y salí de mi cuidado con mi llegada. Di las disposiciones necesarias, entre ellas que Vega volviese a tomar el mando y me restituí al campo con Miralles.



*Día 14.*—Dejando la guarnición competente de la Vela y la demás punta hasta Cumarebo, marché a la ciudad y entré en ella, con tres divisiones de Casicure, la compañía de fusileros de pardos de ésta y a retaguardia la caballería.

*Día 15.*—Este día se cantó el tedeum en la Iglesia mayor de esta ciudad, con toda la solemnidad posible en acción de gracias al Todo Poderoso por haber arrojado las armas del rey al traidor y sus secuaces con escarmiento, y por la fidelidad general de todos los habitantes de esta ciudad y distrito, a su soberano, que, a un mismo tiempo han hecho ver al falaz seductor que su inicua expresión de haber sido llamado, es hija solamente de su debilidad y ligereza para cohonestar sus deprabados designios contra su patria y por los graves perjuicios que la ha irrogado, habiéndole todos despreciado sus proclamas sediciosas; y el Ilustre Ayuntamiento de esta ciudad, desde el Presidente hasta el último Regidor, no admitió alguno el pliego que les envió, ni le abrieron ni contestaron, cuya conducta propia del honor de sus miembros desconcertó las ideas que se había propuesto el traidor. Las demás clases distinguidas de la ciudad la abandonaron uniéndose al jefe de las armas con desprecio de sus intereses para tomarlas y arrojarlo como lo hicieron, lo cual los hará memorables y dignos de todo elogio. Su pérdida de 62 hombres que tuvo, conocida por nuestra parte y hasta 133 que echó menos en Orua, sin numerar los muchos heridos que llevó y que han muerto los más, desengañó a sus partidarios que reusaron después seguirlo y fueron embarcados por los ingleses para conducirlos a la Barbada en donde se cree se deshará la expedición.

Coro, 4 de octubre de 1806.

*Juan Manuel de Salas*

Arch. de la A.N.H. AR-2 G. 1. Carp. 32.